



Laura Sánchez Serrano

Hiperrealismo

Cuando la ficción supera la realidad.

Uno de los fines esenciales del arte, desde los principios de la humanidad, ha sido el de representar con la mayor exactitud posible la realidad. El concepto de mimesis o imitación de la naturaleza, desarrollado ya en la Antigua Grecia, prevaleció en la historia del arte durante siglos como base para formular juicios de valor acerca de la calidad de las obras artísticas. Bajo la premisa «cuanto más semejante a la naturaleza, mejor», fueron sucediéndose generaciones de artistas que, siguiendo las modas y expectativas de cada momento histórico, aprendieron a dominar las dificultades de la técnica (pintura, escultura, dibujo...), con el objetivo de representar de la manera más fidedigna el modo en que nuestros ojos interpretan el mundo. Así, podemos resumir la historia del arte, *grosso modo*, como la carrera del artista por conseguir materializar la realidad. En esta sintetizada y lineal evolución del arte se interpuso, en el siglo XIX, un inesperado enemigo: la fotografía. El genio imprevisible del artista se vio dramáticamente sustituido por la objetividad de la máquina. La óptica y la mecánica proporcionaban el medio más satisfactorio de imitación «perfecta» y objetiva de la realidad, cuestionando la función del arte. Ante esta insólita situación, los artistas buscaron nuevas formas de expresión, más allá de la imitación, que justificaran su existencia. Impresionismo, cubismo, futurismo, dadaísmo, surrealismo, abstracción lírica, abstracción geométrica, neoplasticismo, minimalismo... renovarse o morir.

La independencia del arte con respecto a la representación de la realidad ocupa los últimos años del siglo XIX y una gran parte del siglo XX. Sin embargo, a finales de los años 60, un grupo de artistas estadounidenses comienza a utilizar técnicas inéditas —sobre todo en escultura— para representar de nuevo la realidad, esta vez en su forma más realista: el hiperrealismo. Herederos de la cultura pop, los artistas hiperrealistas, entre los que cabe destacar Chuck Close, Richard Estes y Duane Hanson, intentan reproducir la realidad con más fidelidad y objetividad que la fotografía. Ya sea en pintura o en escultura, el resultado es asombroso: la técnica es de una precisión tal que el espectador necesita analizar la obra durante unos segundos —o minutos— para saber si se trata de una pintura o de una fotografía, de una escultura o de una persona real. En 2008 tuve la ocasión de ver la exposición de **Dua-**

ne Hanson en la Fundación Canal (Madrid) y la experiencia fue asombrosa. Las esculturas del artista estaban repartidas en las salas y se mezclaban con el público, haciéndose en ocasiones imposible determinar si se trataba de un espectador o de una escultura. Realizadas a partir de poliéster y fibra de vidrio, las esculturas de Duane Hanson representan a la clase media-baja estadounidense, gente trabajadora, turistas, consumidores de mirada triste, que nos recuerdan la desilusión con la que muchos viven el sueño americano.

Sin embargo, el hiperrealismo no se reduce a un momento histórico determinado, sino que llega aún hasta nuestros días. En efecto, son numerosos los artistas que se sirven de la técnica hiperrealista para expresar cuestiones relacionadas con la sociedad actual. Podemos distinguir dos corrientes: una «irónica», orientada a la crítica política y social, y otra que podríamos considerar como «inquietante», pues provoca una reacción de desasosiego en el espectador.



Evan Penny, «Self, variation # 1» (Autorretrato, variación #1), 2008. Silicona, pigmento, pelo, aluminio. 59 x 117 x 53 cm. Colección Privada. Imagen: cortesía de Sperone Westwater, Nueva York.

Duane Hanson, «Tourists II» (Turistas II), 1988. Fibra de vidrio y técnica mixta, tamaño natural. Imagen: cortesía de The Saatchi Gallery, Londres. © Duane Hanson, 1988.

Dentro del primer grupo, encontramos artistas como **Maurizio Cattelan**, escultor italiano de fama internacional, conocido por sus obras críticas y controvertidas, como *La Nona Ora* (1999), en la que el Papa Juan Pablo II aparece abatido por un meteorito, o *Him* (2001), una ridiculización de la figura de Hitler, que aparece caricaturizado, empuñando y de rodillas pidiendo perdón. En la misma línea, destacamos al artista francés **Gilles Barbier**, cuyas obras, menos agresivas que las de Cattelan, transmiten con ironía temas actuales de nuestra sociedad. Una de mis obras preferidas es *L'Hospice* (2002). Barbier representa en ella a los grandes héroes del cómic americano, envejecidos y enfermos, compartiendo habitación en una residencia de ancianos y aún vistiendo sus trajes de acción. Un artista español que podríamos incluir en este grupo es **Eugenio Merino**, del que ya hablamos en otra ocasión por su obra *Siempre Franco* (2011), en la que el caudillo aparece en una cámara frigorífica, y que fue presentada en la feria de ARCOMadrid de este año.

Pero pasemos a analizar el segundo grupo, el «inquietante». Me refiero a las esculturas hiperrealistas de artistas como Ron Mueck, Sam Jinks o Evan Penny. En el caso de **Ron Mueck**, una de las cosas que más nos llama la atención es el tamaño de sus obras, como *Boy* (2000), en la que representa a un niño de cinco metros en cuclillas, asustado por la atención que despierta en el público, o *Two Women* (2005), donde el artista da vida en diminuto formato a dos mujeres ancianas que nos devuelven la mirada con recelo. El cambio radical de escala crea en el



espectador una sensación de confusión y de rareza, sentimiento comparable al que provocan las esculturas hiperrealistas de **Sam Jinks**, artista de origen australiano. En su obra *The Hanging Man* (2007), un pequeño hombre desnudo cuelga impotente de una especie de ropero. El personaje, de extremada delgadez, mira hacia el suelo, preguntándose quizás cómo bajar de esa incómoda posición en la que el artista le ha obligado a posar. Pero las esculturas hiperrealistas más «inquietantes» son sin duda las creadas por **Evan Penny**. Nunca olvidaré la primera vez que descubrí una de las obras del artista canadiense (nacido en Sudáfrica), mientras paseaba hace algunos años por ARCOMadrid. Evan Penny no se conforma con reproducir de forma detallada la realidad, ni siquiera con aumentar o disminuir la escala para provocar reacciones inesperadas: la magia de las

obras de Penny radica en su habilidad para representar personajes hiperrealistas desde ángulos, perspectivas y formas derivadas de imágenes generadas artificialmente. El espectador se encuentra así frente a obras que, a pesar de su extremado realismo, provocan una ilusión óptica alucinante de movimiento o de inmaterialidad. Tal es el caso de *Panagiota: Conversation* (2007), realizada conjuntamente con el fotógrafo **Michael Awad**. Se trata de una instalación compuesta por fotografías que reproducen la imagen de una mujer durante una conversación y una escultura hiperrealista que traduce en tres dimensiones el resultado de esa fotografía en movimiento. Otra de sus obras más sorprendentes es *Self Stretch (Variation of 4)* (2009), un autorretrato «estirado» del artista, una imagen chocante que nos recuerda a la que nos devolvería un espejo cóncavo. ■